

de las verdaderas creencias religiosas; la oposicion del Parlamento fué mas importante, pues esta corporacion, que partia de puntos de vista puramente políticos, que habia recomendado la tolerancia respecto de ciertos personajes, y que en el fondo no se hubiera resistido muy enérgicamente á una Reforma completa, consideró, y no sin razon, dadas las circunstancias de entonces, que la coexistencia oficial de dos religiones, en lucha, habia de ser en alto grado pernicioso á los intereses del Estado. El Parlamento atrevióse pues á negarse á registrar el edicto y á firmar una protesta. El rey Antonio de Navarra, que pérfidamente hacia entrever á España que le restituiria su reino ó una indemnizacion, y que deseaba defender las antiguas creencias, apoyó al Parlamento antes de que en 6 de marzo pudiera ser inducido á registrar aquel decreto. Pero ya entonces un acto sangriento de violencia habia dado la señal del rompimiento de la mas espantosa de las guerras civiles, que duró mas de treinta años. El duque Francisco de Guisa al llegar con doscientos hombres armados á la Champaña, por la pequeña ciudad de Vassy, emprendió la lucha con las comunidades protestantes reunidas en aquellos templos (1), mandando asesinar ó herir á un gran número de herejes (1.º de marzo de 1562). En esto no hizo mas que seguir las huellas de su padre, Claudio de Guisa, que diez y nueve años antes, de un modo análogo, habia destruido y aniquilado la pequeña comunidad protestante de Gorze (2). ¡Cuán grande incremento debian tomar todavía desde entonces las animosidades!

La hecatombe de Vassy exasperó á los hugonotes y despertó en ellos la sed de venganza, al paso que llenó de gozo á los católicos y avivó en ellos el deseo de la imitacion. El de Guisa fué en Paris objeto de un entusiasta recibimiento; los habitantes de la ciudad se armaron en su favor y Condé que, al contrario de su hermano mayor, pertenecia al partido protestante, y todos los hugonotes tuvieron que salir de la capital. Los mismos elementos democráticos eran partidarios de los católicos.

En todas partes estalló el incendio, comprimido durante tanto tiempo. Catalina de Médicis, en su antipatía hacia los Guisas, llamó á su auxilio á Condé (3), pero entonces Guisa, Saint André, Montmorency y Antonio de Navarra se apoderaron de las personas del rey y de la reina madre y les obligaron á sancionar todos los atropellos de los triunviros. Francisco de Guisa fué nombrado administrador general del rey. Por otro lado, Condé, instado secretamente por la regente, no titubeó mucho tiempo en excitar á toda la nobleza protestante de las provincias, que se levantó en todo el reino y con el mayor entusiasmo por la causa de sus creencias. La aristocracia era protestante; así es que pronto logró reunir un ejército de 3,000 nobles y príncipes dirigido por los tres Chantillon, el breton Rohan, el gascon Grammont y el normando Montgomery. Condé solicitó sacrificios pecuniarios de todos los templos protestantes franceses é impetró el auxilio de los príncipes protestantes alemanes (4). En la mayor parte de las provincias estalla-

(1) Segun la opinion de Serres (*Historia de los sucesos memorables*, pág. 148) y de De Thou (*Historia*, lib. 29) el de Guisa llegó Vassy ya con miras hostiles á los protestantes. El mismo ultracatólico Tavannes, amigo de los Guisas, dice (Michaud et Poujolat, I, VIII, 249) que el duque intentó ya en Vassy dar comienzo á la lucha contra el edicto de paz.—Menos verosímil se nos presenta la propia relacion del de Guisa (Mich. et Pouj. I, VI, 475), reproducida por posteriores escritores católicos (Davila, *Historia de las guerras civiles de Francia*, libro III), segun la cual la pequeña comunidad hugonote comenzó las hostilidades contra los guerreros de Guisa. Esto hubiera sido una verdadera locura.

(2) L. de Ranke, *Obras completas*, IV, 237. Ch. Rahlbeck, *Mets y Thionville en tiempo de Carlos Quinto* (Bruselas 1881) pág. 56.

(3) *Cartas de Catalina de Médicis*, I, 282.

(4) *Memorias de Luis de Condé* (Mich. et Pouj. I, IV, 629).

ron entre católicos y protestantes luchas, en las cuales el odio religioso fué causa de las mas horribles crueldades, de las mas implacables matanzas. Mientras las grandes ciudades de Marsella, Lyon y Burdeos seguian el ejemplo de la capital, las de segundo orden se pusieron desde luego, ó al cabo de poco tiempo, del lado de Condé, el cual organizó un contra gobierno en toda forma. El gobierno inglés, que por medio de su hábil embajador Throgmorton habia estado en constantes relaciones con los protestantes, proporcionó á estos grandes caudales, á cambio de los cuales le entregaron el importante puerto del Havre, que los ingleses pensaban convertir en un segundo Calais.

Los triunviros, no pudiendo oponer fuerza igual á esta poderosa alianza, apelaron á la brutal violencia que ejercian sobre la reina para obligarla á entrar en negociaciones con los protestantes, á las cuales se prestó la conocida moderacion de Catalina. De esta suerte los Guisas ganaron tiempo para tomar á sueldo á católicos alemanes y suizos, para restablecer las fortificaciones de Paris, y para tomar refuerzos de tropas españolas. Demasiado tarde, á fines de noviembre, reconoció Condé que habia sido burlado y rompió en su consecuencia las negociaciones. Cierta que entre tanto habia tambien reclutado á su vez mercenarios protestantes de Alemania é Inglaterra; pero preciso es reconocer que las dotes militares de Condé no llegaban ni con mucho á las del vencedor de Calais. Este se apoderó de Ruan, donde el infeliz Antonio de Navarra quedó herido de muerte, y cuando Condé quiso salvar el resto de la Normandía, libróse, en 19 de diciembre de 1562, entre ambos ejércitos una sangrienta batalla en Dreux.

Los extranjeros eran los que principalmente sostenian las luchas de los partidos franceses (5); pues el ejército real se componia de 12,000 suizos y alemanes y 6,000 franceses y los hugonotes contaban con 5,000 de estos y 8,000 infantes y jinetes alemanes. Asimismo fueron los extranjeros, los suizos, los que con su imposible serenidad, su aptitud militar y su valor á toda prueba decidieron la larga lucha en favor de los católicos. En un principio, el Condestable fué hecho prisionero por los protestantes, y Saint André perdió la vida; pero los suizos restablecieron el equilibrio de la batalla hasta que Condé cayó herido y su ejército fué completamente derrotado.

En realidad, esta derrota, no muy importante, nada resolvió en definitiva, pues los vencedores no pudieron perseguir á los hugonotes, al frente de los cuales se puso, en sustitucion de Condé, al almirante Francisco Coligny de Chatillon. Coligny se distinguió desde luego por la rígida integridad de su carácter: ni el provecho ni el peligro podian apartarle de aquello que él consideraba bueno y justo. De indomable firmeza, no podia abatirle una derrota; antes al contrario, servia para aguzar las ricas dotes de su ingenio; era, en una palabra, de aquellas naturalezas que se crecen mas con el infortunio que con el éxito. Sin estar dotado de grandes condiciones de general, era valiente en extremo, y poseía gran elasticidad de espíritu, una confianza ciega en su causa, y un talento extraordinario de organizacion. Con estas cualidades consiguió reducir á la obediencia á los díscolos infantes y jinetes alemanes; los cuales á pesar de esperar por espacio de muchos meses sus pagas, de verse derrotados y de perder sus bagajes y cuanto poseian, no se amotinaron nunca contra el almirante, á quien algunos comparaban con Aníbal (6).

(5) A. Ph. de Segesser, *Luis Pfyffer y su época*. Berna 1880, tomo I, pág. 249.

(6) *Relacion de Aloise Contarini* (1572); Alberi, I, IV, 238.

Después de la victoria de Dreux, el duque de Guisa dirigió sus ataques contra el centro de la administracion hugonote, contra Orleans. El furor de ambos partidos era indescriptible. Un joven noble, fanático, llamado Poltrot, asesino en febrero de 1563 al duque Francisco, por ser el principal enemigo de los hugonotes; y los católicos sostuvieron que Coligny habia comprado al asesino.

Con este motivo los primeros jefes del movimiento fueron castigados con la muerte ó con la cárcel. La reina madre, en ausencia de los triunviros, habia reconquistado su libertad, y decidió aprovecharse de ella para obtener la paz, cuidando muy especialmente de la inviolabilidad del reino, pues mientras los ingleses se hacian cada dia mas fuertes en el Havre, el emperador intentaba aprovecharse de los disturbios que desgarraban la Francia para dirigirse contra los tres obispados lorenenses que diez años antes habian sido arrebatados á Alemania. Además de esto pendia sobre Francia la amenaza de una guerra con Felipe II el dia en que la nacion francesa pactara con los herejes (1). A instancias de Catalina, Condé y Montmorency, olvidando en vista de las circunstancias sus discordias, firmaron una paz que, en 15 de marzo de 1563, fué publicada en forma de edicto en Amboise. Por ella la nobleza conservaba plena libertad en el ejercicio de la religion para ella y sus familias y, en muchas partes, para sus súbditos. En todas las ciudades en las cuales se practicaba el culto reformado, debia ser este respetado, y consentido además en una ciudad de cada distrito, á excepcion de la capital y de su territorio jurisdiccional. Proclamóse, prescindiendo del culto, una completa libertad de conciencia, dándose una amplia amnistia á los que habian sido objeto de persecucion.

Esta paz no era muy favorable á los reformados, porque limitaba su accion mas que el edicto de enero. Coligny y Beze la consideraron como una traicion, por medio de la cual Condé queria comprar su libertad y su vuelta á la disolucion y á los placeres; y en el propio sentido se expresó Calvino en una carta que dirigió á la suegra del príncipe. Pero si los hugonotes murmuraban, no menos descontentos se mostraban los católicos, especialmente los de Paris (2), pues veian á sus enemigos oficialmente reconocidos y respetados. El edicto de Amboise fué, pues, una paz firmada antes de que la lucha se decidiera, y por lo mismo no podia satisfacer á nadie: era, en suma, la obra de Catalina y L'Hôpital, dos personajes que pretendiendo ser los mediadores entre los combatientes eran igualmente odiados por ambos bandos.

La primera tenia de nuevo en sus manos las riendas del gobierno: su primer pensamiento habia sido firmar la paz, y su segunda idea era libertar el reino de los enemigos que durante la guerra civil se habian introducido en él. Seria injusto negarle, por sus posteriores errores morales, los servicios que en aquella ocasion prestó á la Francia; aquella extranjera era mas patriótica que la inmensa mayoría de los franceses de su época; pues mientras los católicos vendian á su patria en España y los hugonotes en Alemania é Inglaterra, la florentina salvaba á la Francia del despojo y de la disolucion que la amenazaban.

En siete dias se desposeyó de nuevo á los ingleses del hermoso puerto del Havre (julio de 1563). Los hugonotes no habian titubeado en dirigirse, inmediatamente después de haberse firmado la paz, contra su bienhechora y aliada Isabel de Inglaterra que dió por perdidas sus posiciones del

(1) Buguenault de Puchesse, *La política de Felipe II en los asuntos de Francia*. Revista de Cuestiones históricas, XXV, 17.

(2) *Diario de La Fosse*, pág. 62.

Havre y dejó, en su consecuencia, al valiente gobernador Warwick sin apoyo y sin víveres, á pesar de que los ingleses eran los dueños del mar (3). Algunos meses después, en abril del año 1564, tuvo Isabel que aceptar la paz de Troyes, por la cual renunció á la retrocesion de Calais y se contentó con una indemnizacion de 120,000 coronas. De esta suerte mostró Catalina de Médicis la mejor voluntad para conseguir el bien del Estado. Que á todo esto uniera el pensamiento de conservar el poder, se le puede echar tanto menos en cara, cuanto su única esperanza era la paz, y cuanto que apartándose del gobierno, este tenia necesariamente que ir á parar á manos de uno de los jefes de los dos partidos que con tanto encarnizamiento luchaban. Aprovechando una antigua ordenanza de Felipe III, de dudosa validez, hizo, en agosto de 1563, que fuese declarado mayor de edad el rey que solo contaba catorce años, para poder de este modo encargarse en su nombre y sin obstáculo de la direccion de los negocios públicos.

Catalina usó de su considerable poder en beneficio de la paz y con tendencias no del todo desfavorables á los hugonotes. Los parisienses, después de una larga resistencia, fueron desarmados y puestos á raya por una fuerte garnicion; y cuando la duquesa viuda de Guisa acusó al almirante Coligny de complicidad en el asesinato de su esposo, el rey la impuso silencio por tres años, hasta tanto que él hubiese alcanzado una edad mayor (4).

Catalina no se dejó inducir á reconocer las decisiones del concilio Tridentino que terminó en aquel mismo año sus tareas. Este concilio habia cortado muchos abusos que se cometian en la Iglesia, pero en cambio habia confirmado mas y mas su carácter conservador ultramontano. Francia, lo propio que el emperador, habian propuesto algunos artículos de reforma, pero en vano. Por aquel tiempo, Juana de Navarra, reina y esposa de un príncipe francés, habia sido citada en Roma para ante la Inquisicion; y por esto los delegados franceses se retiraron del concilio y se negaron, en 3 de diciembre, á firmar el protocolo final. Lo propio que los delegados hicieron Catalina y Carlos IX, pues se negaron tenazmente á reconocer los acuerdos del Tridentino y á darles fuerza de ley en Francia. El cardenal de Lorena, que habia sido uno de los mas ardientes caudillos de la mayoría papista del concilio, fué muy friamente acogido en la corte.

En un gran viaje circular que, en 1564 y 1565, emprendió la corte por Francia, encontráronse el rey y su madre en Bayona con Isabel, hija de Catalina y reina de España. Formaba parte del séquito de esta el duque de Alba á quien su soberano habia confiado la mision de excitar vivamente á la regente á que persiguiera á los herejes de Francia (junio de 1565). Las mismas confesiones del de Alba (5) prueban que ni él ni la joven reina pudieron vencer el deseo de paz que animaba á Catalina. Alba aconsejó, en efecto, en nombre de Felipe, que se prohibiera el ejercicio del protestantismo y que se castigase á los desobedientes, en especial á sus caudillos; y tachó de herejes á los católicos patriotas y moderados, en particular á su jefe L'Hôpital, pretendiendo que se le privara de toda influencia. La reina madre, en cambio, que se habia mostrado en un principio contenta con el estado de cosas existente, se resistió á ejercer violencia alguna

(3) Warwick se queja amargamente de este abandono en una carta dirigida á su hermano (*Calendar of State papers, Foreign series, Elizabeth*, V. London 1869) pág. X; Surely, brother, there is some that shall weaver be able to answer their doings, for that we have been and yet are not so well furnished with victuals as we might have been.

(4) *Memorias de Guisa* (Mich. et Pouj. I, VI) 537.

(5) Weisz, *Papeles de Estado del cardenal de Granvella*, IX, 381-330.

sobre los disidentes; así es que cuando los españoles la acosaron con sus pretensiones y la hicieron entrever la posibilidad de una guerra, manifestó únicamente que quería reunir una nueva asamblea religiosa que acabaría por poner de acuerdo a todos los súbditos de su hijo. El embajador español se mostró altamente disgustado por este expediente que en realidad no ofrecía probabilidad alguna de éxito. Pero la reina temía demasiado la guerra, que, dada la importancia del protestantismo francés, habría sido inevitable consecuencia de cualquier empresa contra los protestantes, para dejarse en esta ocasión influir por el de Alba.

Por último para librarse de la presión del duque y de Isabel, prometió a ésta, en presencia de Alba y de algunos jefes del partido católico de la corte francesa, que en cuanto terminase el viaje *pondría remedio á estas cosas de religion*.

Como se ve esta promesa era sumamente vaga, á pesar de lo cual hubo de rodeársela del mayor misterio, y de cuán poco en serio debía ser tomada nos convenceremos con solo tener en cuenta la circunstancia de que Catalina, ante las repetidas y espantosas importunidades de Isabel (según expresión propia de Felipe II en un despacho confidencial) prometió la reunión de una asamblea de prelados que fijara las condiciones bajo las cuales serían declaradas válidas en Francia las decisiones del concilio Tridentino, promesa que nunca se cuidó de cumplir la reina madre. Por esto tenía completa razón el embajador español en París, Don Francés de Alava, cuando escribía á un amigo suyo, hombre de gran importancia: «Temo á la reina madre por las perplejidades que á menudo he notado en ella, y porque preveo que los principales herejes y otros, que no llevan el nombre de tales, pero que lo son, influyan en ella hábilmente (1).» En efecto, en los cinco años siguientes, nada se hizo para cumplir la promesa vaga y general que Catalina había hecho á su fanático y celoso yerno; antes al contrario, á su regreso á Francia, se mostró más afable, si cabe, con los hugonotes que antes de emprender el viaje.

Las conferencias de Bayona tuvieron, en cambio, otras

(1) Esto es todo cuanto se desprende, para nuestro objeto, de los despachos publicados y comentados por Combes sobre la reunión de Bayona (*La entrevista de Bayona de 1565 y la cuestión de la noche de San Bartolomé*, París 1882). Esta obra fué anunciada con gran ruido y presentada como la solución definitiva de la debatida cuestión del origen de aquella carnicería parisiense; pero si estudiamos detenidamente los originales españoles, no llegaremos á mas consecuencias que á las ya mencionadas. Combes traduce las siguientes palabras de Alava en su correspondencia de 4 de julio de 1565: *Temo la Reyna christianísima por la confusión que en ella siento ay algunas veces, y lo que antevoo que han de martillar estos heresiarcos y otros que aunque no tienen nombre de ello, lo son.* «J'eprouve des craintes par le trouble que je sens qu'il a parfois chez elle et parce que je prevois qu'on doit marteler ces heresiarques et d'autres qui le sont sans en avoir le nom» de lo cual resulta claramente que esta traducción está mal hecha, pues Alava no temía que los herejes fuesen destruidos; al contrario, este era su deseo; lo que temía era que los heresiarcos y sus protectores secretos influyesen en el ánimo de la reina madre para variar sus intentos, y esto lo temía tanto mas cuanto que á menudo, había notado una *confusion* en Catalina. En esta frase, sin embargo, apoya Combes todo su sistema; aquel *marteler ces heresiarques* es para él el anuncio de la Noche de San Bartolomé. Pero aun tomando como buena su traducción, siempre apercibirá probada la inutilidad de las negociaciones de Bayona; pues, según las propias palabras de Felipe, Catalina prometió *de poner remedio con grande brevedad y que no formia mas avilacion de tiempo en hazello* que acabar la buelta que agora tenía comenzada. Resulta de ello que su promesa no significaba en manera alguna la inmediata destrucción del protestantismo, en Francia: este fué el único resultado de las negociaciones de Bayona. Y aun omito la promesa de la introducción en Francia de las decisiones del concilio Tridentino, que no solo no tuvo efecto, sino que ni siquiera se intentó. Catalina no quiso otra cosa sino librarse de las pesadas instancias de España y de las de su propia hija y desviar el peligro de guerra que envolvían las amenazas del soberano español.

consecuencias muy fatales; pues llenaron á los protestantes de temores é hicieron germinar la desconfianza que había de ser el origen de la segunda guerra de religion (2). No hay necesidad de decir que el odio y la desconfianza entre ambos partidos fueron causa de continuas y sangrientas luchas.

¡Cuán difícil era conservarse neutral en medio de estos dos elementos tan hostiles! Catalina había podido reconocer que la inmensa mayoría del pueblo francés permanecía siendo católica: el protestantismo, al llegar á cierta extensión, perdió su fuerza expansiva, no pudo arraigarse en las clases bajas ni del campo ni de las ciudades, y quedó circunscrito á la nobleza y á la clase media acomodada, entre las cuales tomó pronto un tinte de hostilidad contra el poder absoluto de los reyes. Por esto procuró Catalina guardar consideraciones á los protestantes, pero al mismo tiempo conservar el carácter católico del Estado y de la monarquía; así es que, durante la permanencia de la corte en alguna población, se mandó suspender en ella el culto reformado. Publicáronse algunas aclaraciones del edicto de Amboise encaminadas á demostrar que el protestantismo era solo una religion consentida, no reconocida legalmente. Es indudable que las negociaciones con Alava y el de Alba engendraron en el ánimo de Catalina de Médicis cierto sentimiento hostil á los hugonotes; sin embargo ni el rey, ni la mayoría de la nación se mostraban dispuestos á proceder públicamente contra ellos.

Una asamblea de notables, celebrada en Moulins en el primer mes del año 1566, publicó la célebre ley de procedimientos para la administración de justicia, ley que rigió hasta los tiempos de la Revolución. El rey hizo que los notables absolviesen al almirante Coligny de la acusación que sobre él pesaba respecto de la muerte de Francisco de Guisa, y organizó una reconciliación teatral y poco sincera entre Guisa, el almirante y el condestable. Sin embargo, estas negociaciones de Moulins no dejaron de producir buenos resultados; todo respiraba paz y concordia, columbrándose, al parecer, en el horizonte mejores tiempos. En las provincias, reinaba también, en 1566, la tranquilidad.

Entonces redondearon los protestantes su fuerte organización política, militar y religiosa que había de completar su fuerza. Es de notar el modo como el austero, grave y democrático espíritu de la disciplina eclesiástica calvinista fué penetrando en todas las clases de los creyentes. El lujo, los vestidos inconvenientes fueron repetidamente prohibidos por los sínodos generales, extendiéndose esta prohibición á los inocentes placeres como la danza, las mascaradas, las comedias, la frecuentación del teatro, diversiones que fueron tachadas de ilícitas y perjudiciales á las buenas costumbres. Ni siquiera quiso permitirse la representación de los polichinelas. Ocioso es decir que igual celo se usó contra los naipes, los dados y contra toda clase de juegos de azar. Asimismo se prohibieron los trajes elegantes (3).

Esta austeridad, que podría parecer exagerada, sirvió para aproximar á todas las clases de los protestantes, para imbuirlos en la severa disciplina y en el espíritu de abnegación, y para llevarlos á la lucha por la causa de Dios.

Algo era que un príncipe de la sangre, el joven Condé, se humillara ante el consistorio de La Rochela, cuando éste le excomulgó por haberse apropiado indebidamente el botín de guerra; que el rey Enrique de Navarra pidiese públicamente en la iglesia y en presencia de todo el ejército perdón por

(2) Así lo declara en uno de sus despachos el embajador inglés Smith. La Ferrière, *El siglo XVI y los Valois*, 191.

(3) Aymon, *Los Sínodos nacionales de las Iglesias reformadas de Francia*. El Haya (1710) I, 16, 109, 118, 151, 153, 184, etc.

un pecado cometido; y que un hombre de la respetabilidad de Du Plessis Mornay fuese excluido, con toda su familia, de la Eucaristía por haberse presentado su mujer con un tocado impropio. Los sínodos generales, nombre que se daba á las asambleas centrales para distinguirlas de las asambleas políticas, se declararon contrarios á los matrimonios mixtos por el peligro que consigo traían de disminuir el espíritu religioso. Las condiciones del matrimonio y de la vida matrimonial estaban reguladas con gran severidad y puestas bajo la inspección de los consistorios. La legislación canónica intervenía en todo: las obras literarias estaban sujetas á censura y las comuniones debían respetar en alto grado á sus pastores (1). Los protestantes franceses parecían un ejército dispuesto siempre para la lucha.

Esta completa sumisión á la voluntad de los directores sacerdotales y laicos de la Iglesia, este espíritu de renuncia voluntaria y de abnegación, produjo grandes consecuencias en lo político y en lo militar: solo así se explica que por espacio de treinta años una pequeña minoría pudiese resistir con éxito á la inmensa mayoría de la nación. Esencialmente provechosos para la causa de los protestantes fueron la extraordinaria importancia que daban á la instrucción y el incremento que esta tomó entre ellos. No solo los padres debían cuidar de la educación de sus hijos, sino que este cuidado se hacía extensivo á los padrinos respecto de sus parientes espirituales. Los nobles y los señores debían procurar que recibiesen instrucción sus servidores, y los pastores y los sínodos provinciales eran exhortados á no descuidar nada para la construcción de escuelas (2). En todas sus asambleas, la existencia escolar formaba uno de los principales puntos de discusión. Los protestantes crearon cinco academias ó universidades en Montauban, Saumur, Nimes, Montpellier y Sedan; las dos primeras fueron las más florecientes, y los gastos que ocasionaba la de Montauban eran satisfechos trimestralmente con preferencia á todas las otras prestaciones (3). Esta consideración que les mereció la ciencia produjo sus frutos: la esmerada instrucción de los principales hugonotes y los sólidos conocimientos que la generalidad de ellos tenían, les aseguraban en la política y en la guerra una situación dominante.

Entonces pudo desenvolverse tranquilamente la Iglesia reformada.

Cuando el furor fanático del gobierno español contra los protestantes produjo algunos desórdenes en los Países Bajos, consideró Catalina muy feliz á la Francia porque no experimentaba tan gran desgracia, y dijo que si todos procuraban lealmente mantener la paz, la Francia se vería libre de los males que á otros países afligían. No quedaba pues huella alguna de las negociaciones entabladas en Bayona.

Los hugonotes sin embargo no pudieron conseguir que la corte interviniera en los desórdenes de los Países Bajos, en perjuicio de España, impidiendo la expedición del duque de Alba que, procedente del Piamonte y al frente de 10,000 hombres, pasó las fronteras francesas y se dirigió á los Países Bajos para someter á los protestantes. Esto fué sensible para los hugonotes, pues temían, aunque sin razón, que el de Alba aprovechara la campaña para sojuzgar á los protestantes de Suiza y del Rhin. A pesar de todo, el gobierno fran-

(1) Stähelin, *La conversión de Enrique IV de Francia* (Basilea 1856), pág. 172.—De Luques, *Vida de Mornay* (Leyden 1647), pág. 108.

(2) A. Schaeffer, *Los Hugonotes del siglo XVI* (París 1870), pág. 71.

(3) *Asambleas políticas celebradas por los Señores de la Religion* (manuscrito de la real biblioteca de Berlín), pág. 9 á 11.—Felice, *Historia de los Protestantes en Francia*, pág. 278.

cés tomó 6,000 mercenarios suizos á sueldo; pero ¿no estaban estos destinados á imitar en Francia el ejemplo del de Alba en los Países Bajos? Para el mando de los suizos no fué nombrado Condé, como deseaban los protestantes, sino que el cargo de general en jefe de aquellas tropas fué confiado al hermano del rey, el duque Enrique de Anjou, enemigo declarado del de Condé. Después de haber pasado por Francia el de Alba, los suizos, católicos todos, fueron llevados al interior del reino, y los hugonotes creyeron tener noticias auténticas de que con aquellas tropas se pretendía darles la batalla. «Nos miran con malos ojos,» escribía un oficial suizo á su patria. Los hugonotes veían que el cardenal de Lorena se mostraba cada vez más prepotente en la corte; que no devolvían las armas á los parisienses, y á estos hechos se agregaron las fatales noticias que llegaban de los Países Bajos, donde un gran número de ciudadanos habían caído á los golpes del verdugo.

Los hugonotes creyeron conveniente prepararse para evitar igual suerte, y, contra el parecer de Coligny, decidieron sus caudillos traspasar los límites de la ley, arrojando violentamente á los Guisas de la corte, licenciar á los suizos y tomar en sus manos todo el poder. Además quisieron atacar al rey en la quinta de Monceau, donde entonces se encontraba el soberano, y apoderarse de su persona. Con notable astucia y prudencia se hicieron todos los preparativos para la sublevación general, levantándose en armas, en todo el reino, el día 27 de setiembre de 1567, los protestantes que contaban con el apoyo de Inglaterra.

La corte, advertida á tiempo por un oficial abandonado hugonote, y protegida por los suizos que habían llegado á marchas forzadas, se dirigió desde Meaux á París. La empresa había, pues, fracasado; pero los hugonotes dominaban todavía el país. La guerra civil había estallado nuevamente y esta vez los protestantes parecían como culpables. Catalina y Carlos IX no olvidaron nunca el día 28 de setiembre, día de su fuga de Meaux (4). Mientras se estaba todavía en negociaciones, apoderáronse Condé y Coligny de Saint Denis, al Norte de París, y el intrépido La Noue tomó á Orleans y las plazas inmediatas, cercando á la capital por el Sur y por el Oeste. París comenzó á carecer de víveres, y entonces los realistas, protegidos por algunos refuerzos, intentaron romper la red que les envolvía. En 10 de noviembre del año 1567 atacaron con grandes fuerzas, en Saint Denis, al pequeño contingente de Condé, que fué derrotado, á pesar de haber perdido los realistas al condestable de Montmorency, pérdida sensible de la cual se consolaron fácilmente Catalina y los Guisas. Condé se retiró entonces hacia el Este para unirse con las tropas de refuerzo alemanas que procedían del Palatinado y estaban mandadas por Juan Casimiro, el cual escribió á Carlos IX que no se presentaba en Francia como enemigo, ni por su propia ventaja, sino para proteger la libertad religiosa de sus amenazados correligionarios. Mientras la corte no sabía de dónde sacar el dinero necesario, 11,000 alemanes se unieron á los hugonotes, que dominaron entonces todas las provincias. Condé se aproximó de nuevo hasta los alrededores de París, sitiando á Chartres y poniéndola en grave apuro. El cuerpo principal del ejército real no se movió, pues le faltaban tropas y jefes que oponer á los Condé, Coligny y La Noue. Además, los caballeros alemanes del ejército del rey eran protestantes y estaban en relaciones sospechosas con sus correligionarios; de suerte que poca confianza podía ponerse en ellos (5).

(4) De Thou, *Historia*, lib. XLII: «Rex... incolumis... in urbem venit odio ex fugæ necessitate intus concepto, nec nisi cum Protestantium pernicie ac nominis Gallici infamia depositis.»

(5) Seguesser, *Luis Pfyffer*, I, 491.